

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

JUAN PABLO CIFUENTES.



EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

PRÓLOGO.

Esta novela corta mezcla ficción y realidad. Son los recuerdos de mi infancia. Más precisamente de mi enseñanza básica en la escuela E1115 de Yumbel. Me han preguntado en una entrevista si algún día escribiría algo sobre Yumbel, mi tierra natal, mi querida Tierra Santa y creo que esto es el inicio de un estilo narrativo que centra a la ciudad de Yumbel como epicentro de mis historias.

No importa mucho si las historias son completamente reales o no. No me interesa describir Yumbel de una forma realista o criollista. Quiero inventarlo, quiero crear un nuevo Yumbel a partir de lo conocido y tomando aspectos de lo que no existe.

Pero fundamentalmente, esta novela corta es una suerte de agradecimientos a mis compañeros de la básica a tantos que nunca más he vuelto a ver, tantas historias que he dejado a un lado para mezclar la ficción, para no convertir esta novela en una especie de memorias de mi infancia.

Todavía no es tiempo de escribir mis memorias, uno suele escribir las memorias cuando siente que la muerte está cerca. Yo no siento nada, solo sentí deseos de escribir sobre mi infancia, de escribir sobre Yumbel, pero sobre todo, de inventar un nuevo Yumbel, una nueva infancia, nuevos caminos que conduzcan a una misma realidad: mi vida.

Creo que a esta altura negar la existencia del cine, como un factor preponderante en mi narrativa es innecesario. Hay películas que me han marcado y de las cuales he sacado frases o palabras para dar

vida a títulos de mis libros. Sucedió eso con “Dile a Jesús que tenemos hambre”, mi primer poemario que nació tras ver la película “Las cenizas de Ángela”, o mi primer poemario catatónico “Debo recordar que alguna vez fui un hombre bueno” que surgió de la comedia “Si yo tuviera 30”.

En este caso ocurrió algo similar. Estaba concentrado disfrutando de la película “Niños del hombre” cuando de improviso en una escena aparece un mural rayado con graffiti y que dice: “El último que muera que apague la luz”. Sólo bastó leer eso para quedar petrificado. Tenía el título de un libro. Lo sabía. Intenté de inmediato buscar sobre qué podía escribir. Pero mi mente estaba concentrada en la contemplación de esta película.

Cuando terminé de mirar este film. Me senté en mi escritorio y escribí el título de este libro. No sabía sobre qué se trataba.

De un momento a otro comencé a escribir desesperadamente. Fueron surgiendo los dos primeros capítulos de esta novela corta. Fue entonces cuando comprendí que había llegado el momento de hablar de Yumbel, mi Tierra Santa.

Así nació esta novela corta. Por lo pronto, dejo esta historia hasta este punto. Quien sabe, tal vez sea un libro bisagra como otros que tengo, tal vez esta historia la vuelva a escribir bajo otro título y otra perspectiva, por lo pronto, me conformo y me maravillo en el recuerdo de mi infancia, de mis compañeros, de mi escuela, de una etapa feliz de mi vida.

Yumbel, 19 de diciembre del 2008.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

A mi padre.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

*Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia. Todo pasó
como pasan los discos en la sinfonola.*
(José Emilio Pacheco)

1.

INICIO DE LA DECADENCIA.

La situación es sencilla, no es muy sencilla. ¿Alguien lo recuerda?. La Roja había perdido nuevamente un partido frente a Uruguay por las eliminatorias a Francia 98, nada había cambiado, la clasificación al mundial estaba muy cercana. La televisión y sus nuevos programas estelares, Viva el lunes, Martes 13, Sal & Pimienta, Motín a Bordo y el infaltable Sábado Gigante. Eduardo Frei, nuestro querido presidente, era un extranjero más, se lo pasaba de avión en avión. Y bueno, había que reestablecer las relaciones diplomáticas con todos los países de la ONU, pero, a veces, abusaba el presidente de tanto vuelo diplomático. El Chino Ríos había sido el número uno del mundo. Ese marzo fue fabuloso, todos salimos a las calles. Un chileno era el mejor de todos, había que celebrar. Estábamos tan acostumbrados a ser perdedores. Yo disfrutaba mirando la Fórmula Uno, me creía Schumager, a veces, Hakkinen, nunca fui Villeneuve o Alesi. El mejor de todos: Senna.

Yo estaba enamorado de la animación japonesa. Dragon Ball se convirtió en parte de mi rutina. Después del colegio, en las tardes, pegado al televisor, esperando las aventuras del gran Gokú, del pelado Krillin, de Gohan, hasta del enojón Vegeta. Parecía pertenecer a ese mundo. Entonces, cambiaba de canal y me encontraba con Los Caballeros del Zodiaco, otra animación japonesa memorable. Yo me creía el Dragón, un caballero de bronce, y me enojaba porque mi

signo, Libra, no tuviera un caballero que la defendiera más que el admirable maestro del dragón. Estaba enamorado de Atenea.

En general, debo confesar que estaba embrujado de los dibujos animados. Sobre todo de los japoneses. Dragon Ball, Los Caballeros del Zodiaco, Mikami, Ranma, hasta las Sailor Moon. Nunca fui devoto de Pokémon. Aunque es posterior a estas nobles series, quizás ya estaba perdiendo la magia de la infancia. Ahora, pokemón es sinónimo de adolescencia perdida.

La cara de Don Francisco que buscaba apoyo para la Teletón: Tremendas gigantografías, eslóganes, canciones, historias lamentables que terminaban con el corazón en la mano de cada televidente, niños paralíticos, injusticias, dinero, dinero, dinero. Todos éramos iguales en esa noble cruzada. Escribíamos por todas partes: ¡Vamos Chilenos!, con esa canción que se ha convertido en nuestro segundo himno nacional, con la esperanza puesta en Francia, en Zamorano, en Salas, en el Za-Sa, en el coto Sierra, en el murci Rojas, en el pelado Acosta. En el colegio nos enseñaban inglés: one, two, three, four, five hasta llegar al one hundred (que aburrido), vocabulary (sobre todo sustantivos y adjetivos). Conjuguar el verbo to be. Algunos afortunados, en cambio, hablaban en francés, la lengua del amor, del sexo, del libertinaje. Nosotros odiábamos de todo corazón a esos estudiantes franceses amanerados, no sabíamos nada en inglés, con suerte sabíamos insultarlos y no lo necesitábamos, si estaba ese “weon” tan chilensis.

Jugábamos a las polcas o bolitas como les llamaban. En septiembre, jugábamos al trompo y a elevar volantines, eso sí, con hilo curado, nunca nos cortamos ni nos pasó nada. Para nosotros, esto era un

verdadero riesgo. Pero, el juego principal era el caballito de bronce. Generalmente, debido a mi poca contextura física, yo era la cabecera del juego, no servía para ser parte del tren de los caballitos. Mis amigos eran unos orangutanes. O por lo menos eso yo creía cuando por falta de gente tenía que colocar mi espalda para soportar el peso de sus malditas humanidades. La vida era tranquila, demasiado tranquila. No sabíamos de guerra, drogas, alcohol ni cigarrillos. Esas son cosas del futuro –decíamos sin importarnos nada de eso– disfrutamos a concho de una infancia sana. Tuve la suerte de vivir en Yumbel, la Tierra Santa, cuna de San Sebastián. En general, un pueblo opacado, tranquilo, envejecido, pasivo. Si no fuera por el santo y por nosotros (los estudiantes de enseñanza básica) sería otro pueblo fantasma olvidado. A nadie le importaba el progreso. Cuando íbamos a Concepción quedábamos impresionados. Calles repletas de personas que no hablan, que caminan apuradísimas; automóviles por doquier, ruidos infernales. No había ese olor a campo. El progreso no nos interesaba, sólo queríamos jugar. Correr, ser unas bestias.

Todo el mundo esperaba el mes de Junio o Julio, ya no recuerdo el mes del mundial de Francia, y la gente dale que dale con el “Chileno, Chileno, Chileno de corazón, salta la barra y dale al tambor que Chile va a ser campeón”. Había una fiebre amarilla mundialista, no era para menos, dieciséis años sin ir a un mundial, nos cagaron en el grupo clasificatorio, los italianos que siempre se las arreglan para llegar a las finales, los austriacos que nos recuerdan el penal de Caszely que pasó a la historia, los camerunenses y el sonido desbordante de esos leones indomados. La coca-cola le daba con todo al mundial, lo mismo hacía la cerveza Cristal y qué decir de los canales televisivos.

Nosotros seguíamos con las clases de inglés. Good morning miss! Good Bye miss!, Please, help me miss!. I don't. En mi casa todos éramos evangélicos, todos alabábamos al Señor. Mi hermana fue la primera que renunció a ese dogma. Yo tuve que esperar otros años antes de huir de esa cárcel.

2.

JUAN SALVADOR.

En los recreos íbamos a la esquina del colegio a comprarle dulces al Conejo, un vendedor ambulante que poco a poco se fue convirtiendo en parte de nuestra infancia. Estaban de moda unos chupetes que tenían chicle adentro y por supuesto, los infaltables galletones o tabletones que devorábamos con impaciencia. Nunca compramos en el quiosquito de la salud o castillo de la salud, ya no recuerdo bien el nombre. Era un quiosco especializado en traer alimento saludable. Nosotros corríamos en el primer recreo a tomar desayuno al comedor. No lo hacíamos por estar hambrientos, bueno, algunos compañeros creo que sí lo hacían por ese motivo. Nosotros queríamos terminar luego el desayuno para salir a jugar al patio, el inspector Moscada, más conocido como moscaparada, siempre nos retaba: “No corran en el pasillo”. Nadie le hacía caso. Hasta que un día alguien se cayó y se rompió la cabeza al golpeársela en el cemento. Y nosotros ahí en la

fila contemplando el espectáculo. Eso fue a la hora del almuerzo. (Si no mal recuerdo ese niño se llamaba Ismael, un buen cauro, fue una lástima que se suicidara años después en un árbol al lado de la casa de su polola), tal vez quedó con alguna secuela después del tremendo impacto, yo no soy neurocirujano, aunque quise ser biólogo, incluso un físico loco, pero terminé siendo un profesor de castellano, no, un escritor simplemente. La rutina del comedor era siempre la misma. Una larga fila, de hecho dos filas, una para los hombres y la otra para las damas, siempre la fila femenina avanzaba más rápido que la nuestra, eso nos molestaba demasiado, las chicas no jugaban después del almuerzo como nosotros.

Al final del pasillo había un escenario. Un mítico escenario teatral: Para mí, un joven bastante inquieto, esto era un verdadero paraíso. Comenzamos a idear una obra de teatro; o al menos, eso parecía ser; ahora me da risa recordar aquellos intentos. Cuando las chiquillas se enteraron que quería hacer una obra de teatro se entusiasmaron con la idea. Mis amigos me miraban incrédulamente, ellos obviamente preferían jugar en el patio, el patio era inmenso. Había un arco de rugby que nunca supimos que mierda hacía en el colegio. Años después supe que esos fierros eran un arco de rugby. Yo pensaba que eran una escultura mal terminada, cuando se es inocente jamás se piensa que las tonterías son eso, tonterías. Pero, qué mierda hacía un arco de rugby en el colegio, una pregunta existencial, todavía no obtengo respuestas. Nunca supe de un equipo de rugby del colegio, si éramos unos debiluchos; traviosos eso sí, pero en el fondo unos niños que no jugaban un deporte de animales. Tampoco es evidente que fuera un recuerdo, recuerdo de quién y por qué. No había un equipo

de rugby en Yumbel, todos jugaban a la pelota, incluyéndome, aunque poco a poco fui transformándome en tenista: no he vuelto al colegio nunca más; le han cambiado el nombre. Ya no es más la mítica escuela E1115 que tanto queríamos, ahora se llama Héroe de Chile, supongo que su nombre se debe a nosotros, supongo que ahora hay un equipo de rugby para que utilicen ese arco, supongo que el arco todavía sobrevive al desgaste del tiempo.

Antes de que me diera la creatividad y ser un dramaturgo infantil fui uno más del grupo. Yo era el más débil físicamente: sin embargo, nadie me pegaba, yo era el más inteligente de todos, el mejor compañero. Un chico al que todos le tenían buena, alguna vez quise ser un niño-malo. Tuve que arrancar cuando me quisieron sacar la cresta unos tipos. Por aquella época pensaba qué sería de mí, era un pollito debilucho; encarcelado en el dogma evangélico y con demasiada creatividad. Feña, el mejor de mis amigos, siempre nos invitaba a su casa. Él siempre deambulaba de casa en casa. Siempre la casa estaba sola. Siempre en las tardes íbamos a jugar en esa inmensa casa. Una casa con inmensos corredores. Demasiado alta. Hecha para el gigante egoísta de Wilde o para Hagrid, el gigante de Harry Potter.

En la escuela, jugábamos en una especie de alcantarillado. Era una gran masa circular bajo la cual deambulaba todo el sistema acuoso del colegio: el juego era estúpido. Había que correr de un lugar a otro sin que nos alcanzara el que estuviera al medio del círculo. También jugábamos a saltar por las escaleras, desde el día lunes (el peldaño más cercano) hasta el infinito (llegar abajo, al término de la escalera) generalmente el juego era entretenido. Pero todo tiene un costo en la

vida. Un día, maravilloso día creativo, se me ocurrió la siguiente idea: ¿Qué pasaría si salto desde la base al infinito?. Era una idea suicida, kamikaze, nadie lo había hecho, pero yo confiaba en mis cualidades, especialmente en mi delgadez, sabía que tomando impulso el viento me iba a guiar, como si fuera un ave que planeara, hasta llegar abajo. Nunca consideré los riesgos de tomar semejante decisión y lo hice. Llegó mi turno y dije infinito. Todos dejaron de conversar y reír. Esto era un suicidio. Me preguntaron si estaba seguro de mi decisión. Yo dije que sí. Si lo lograba ganaba no solamente el juego sino el respeto de todos, les ganaba físicamente en algo a ellos, estaba cansado de hacerlo intelectualmente. Un largo silencio. Yo pensaba en la gloria, calculaba que un buen salto me iba a permitir tener la fama. Y entonces, salté, feliz, lleno de convicción, literalmente volé por los aires, me di cuenta que había llegado a la meta, pero seguía volando, había pasado el récord del infinito, estaba volando más allá del infinito, era increíble, lástima que tras el infinito se encontrara un muro de cemento, me golpeé salvajemente contra el murallón.

Yo no entendía nada: mi cabeza daba vueltas, me di cuenta que no me podía parar. No escuché ninguna risa (¿Quién no se ríe de la desgracia ajena?). Todo estaba silencioso, ¿Habría muerto?. Estaba delirando, no sabía. Mis amigos poco a poco fueron reaccionando tras ver el desenlace de semejante maniobra. Uno de ellos, el Esparza, el testigo de Jehová, el hijo de la enfermera, llegó junto a otro compañero mío trayendo entre sus manos una mesa que fueron a sacar a la sala de clases.

Me levantaron como si fuera un herido mortal. Me pusieron en esa especie de camilla que era la mesa. Y me llevaron sigilosamente, mis

compañeros me observaban incrédulamente, no atinaban a hacer nada, todo era confuso; Esparza se movía a sus anchas; no te preocupes – me dijo – te llevaremos al hospital. Yo trataba de sonreír pero el dolor de cabeza era insoportable.

Aplausos, palmadas en la espalda, felicitaciones, flores, besos, apretones de manos, eso era lo que yo esperaba cuando regresé a clases. No hubo nada de eso (cuando entré todos se quedaron callados), alguien rompió el silencio y comenzó a imitarme como iba volando por los aires y cómo me golpeé bruscamente en el murallón.

La risa fue espontánea. No había gloria, por más que traté de señalar que era el primero que había llegado al infinito, todos recordaban mi estrellón contra el muro. Peor aún, todos recordaban cómo fui llevado en una mesa hasta la inspectoría; Esparza fue uno de los que más me recordó eso, en un tono burlón; siempre supe que no había que confiar en los testigos de Jehová, todavía sigo insistiendo en que ese récord nunca fue superado. Para rematar las cosas. A la profesora de Castellano, la señorita Yolanda, se le ocurrió una maravillosa idea. Vamos a leer, la novela corta titulada “Juan Salvador Gaviota”. A mí me encantaba leer. Esa lectura me horrorizó, me imaginé que yo era Juan Salvador Gaviota, que estaba intentando aprender a volar. Eso sí: rogué como nunca a Dios para que mis compañeros no leyeran el libro. Pero Dios, ya estaba confabulado en mi contra. ¿Por qué las desgracias siempre vienen acompañadas? Qué raro: me molestaron unos meses con el sobrenombre de Juan Salvador. Bueno, un día no lo hicieron más. Se acercaba la hora de los exámenes finales.

3.

EL PAPAYA Y SUS VOLTERETAS.

La vida, en general, era muy extraña. Yo estudiaba en un colegio de escasos recursos, pero, en Yumbel, no había mucho para elegir; el otro colegio que había era el Instituto San Sebastián, pero yo no estaba dispuesto a ir a misa. Mis padres evangélicos inculcaban en mí un sentimiento anticatólico, antisantuario, anti-San-Sebastián, lleno de reproches contra aquellos que creían en una escultura; a mí nada de eso me importaba. Que los grandes arreglen sus batallas religiosas; yo estaba más interesado por sobrevivir a mi cuerpo, extremadamente sensible y así, con una madre que trabajaba en el hospital, no había peor enfermo que yo, semanas en cama, por un resfriado, no podía decir que me dolía alguna parte de mi cuerpo sin recibir de inmediato su pastilla analgésica o en el peor de los casos, la inyección; yo nunca le tuve miedo a las inyecciones o vacunas. Era un juego, una simple pinchada y listo.

Un compañero mío detestaba las inyecciones. Cada vez que iban del hospital a vacunarnos él arrancaba, incluso lloraba. No sabía por qué motivo tenía tanto miedo. Era una simple inyección. Yo lo veía sufrir, se alborotaba todo, caía en la desesperación. Qué raro. Pensé que los hombres no les teníamos miedo a nada. Pero me equivoqué. Todos le tememos a esa maldita idea de estar haciendo el ridículo.

La clase de Educación Física era un tormento para mí. A mí me gustaba hacer deporte, pero tenía un gran problema. No sabía nada

de gimnasia. No sabía hacer la voltereta, ni la vela, ni la rueda, ni la posición invertida, me daba un miedo tremendo. Yo sufría demasiado en esas clases. No lograba explicarme para qué debíamos aprender esos movimientos. Yo prefería jugar a la pelota. Pero no, ahí estaban esas clases de gimnasia.

Papaya. Así le decíamos al profesor de Educación Física. ¿Habrá algún profesor que no tenga sobrenombres? Eso significa que yo tendré unos cuantos, aparte de los que tengo ahora, o de los ya olvidados, gracias a Dios. El papaya era un viejo que le gustaba entrar al camarín de las compañeras. Nos aburría sobremanera las clases de cueca que él dictaba, siempre llegaba con una radio antigua y ese cassette, que espero que esté destruido, con las instrucciones para ser un buen bailarín de nuestro baile nacional. Y ahí estábamos nosotros. Parecíamos unos idiotas. Aprendiendo el floreo, el zapateo, el escobillao, la media luna, las vueltas, el ocho y toda esa pila de cosas que hacen los bailarines profesionales de la cueca. Eran días asquerosos.

El papaya nos retaba por nuestra pasividad ante el baile nacional. Nos inculcaba que debíamos seguir una sola regla como ley: “No se te puede caer el pañuelo”. (Cuántas veces la habrá repetido el Papaya.) A mí se me cayó el pañuelo, de hecho, se enredó con el pañuelo de otro compañero. Fui objeto de muchas burlas, yo no tenía culpa de que a mi pañuelo tampoco le gustara la cueca. Yo siempre supe que él se vengaba de mí en las clases de gimnasia. Me hacía pasar una y otra vez por la colchoneta. Era un verdadero martirio. Mi voltereta se jactaba por dos cualidades: o quedaba parado de cabeza por unos

segundos o simplemente me ladeaba y terminaba afuera de la colchoneta.

Una vez, invité a un compañero de curso a que me enseñara a hacer las volteretas. Puse el colchón de mi cama en el piso de mi dormitorio. Entonces, Felipe, mi compañero, se tiró en el colchón e hizo la voltereta una y diez veces. Yo anotaba todo como si fueran apuntes: el cuerpo tenía que estar erguido, relajar los músculos, pensar en otra cosa, no sé, odiar al Papaya, cualquier idea era conveniente. Le pedí a Felipe una última demostración. ¿Dije que Felipe era uno de los compañeros de curso más altos que tenía?, Pues bien: Felipe, yo pienso que aburrido de que lo estuviera sometiendo a tanta voltereta, tomó demasiado impulso y su voltereta terminó con sus malditos pies en mi velador, arrasando con todo lo que había sobre él. Lámpara, fotos, un espejo pequeño, todo quedó reducido a basura. Felipe se fue de mi casa. Y yo no tuve tiempo de llevar a la práctica el análisis que había hecho. Mi madre, muy enojada, me hizo limpiar todo el desastre de la voltereta. Tenía que llegar a una solución, esto no podía seguir así. Me armé un día de valor y fui a conversar con El Papaya. Le señalé, a punto de llorar, que no iba a hacer más volteretas y que me evaluara con otra prueba. El muy canalla aceptó mi propuesta –“Tendrás que dominar cien veces la pelota de fútbol”- dijo – “Te daré tres oportunidades”. – se estaba riendo – “Si logras dominar más de cien veces la pelota de fútbol sin que esta caiga en el suelo tendrás un siete”. Se acabó. Fin de la conversación. El día de mi presentación el Papaya anunció mi prueba como si fuera el plato estelar de la clase, seguramente quería que se rieran mis compañeros de mí. “Mira ahí está el que no aprendió a hacer las volteretas”, “Con suerte domina

diez veces la pelota”. Esa vez no invoqué a diosito ni a San Sebastián. Tenía un desafío delante de mis ojos. Al primer intento, dominé setenta y nueve veces la pelota, eso era bueno, considerando que en las prácticas solo una vez había llegado a las setenta dominaciones. El segundo intento fue un fracaso, me puse demasiado nervioso, sólo dominé doce veces la pelota. Yo sacaba cálculos y pensaba que iba a tener como un cinco como nota final por dominar setenta y nueve veces la pelota. Sin entusiasmo comencé el tercer intento. Llegué a los cincuenta sin tener problemas, entonces, me di cuenta de que era posible este milagro, cuando superé las setenta y nueve dominaciones estaba demasiado excitado, y cada nueva dominación se conjugaba con latidos de mi corazón. Noventa y cinco (pum), noventa y seis (pum), noventa y siete (pum), noventa y ocho (pum-pum-pum), casi se me cae la pelota, llego al noventa y nueve y la risa se está apoderando de mí y entonces, cien (PUM), el corazón explotó, mis compañeros se levantaron y fueron a abrazarme, lo logré. Tenía un siete en Educación Física, un siete por hacer las volteretas, nunca olvidaré la cara de espanto del Papaya.

4.

LA CUESTIÓN DE LA FE.

Éramos tan evangélicos que yo no podía salir a las fiestas porque pensaban que eso era pecado. Mi madre siempre intentando que yo

fuera un niño ejemplar, tocando guitarra, cantando; incluso tenía que dar sermones a personas tres veces más mayores que yo en cuanto a edad, o tamaño, experiencia de vida, más mentirosas que yo. (Temo que se malinterprete este término como un ataque radical a estas iglesias cuando me especifico a mi realidad.) Por aquellos años mi padre era el encargado de la Iglesia, una cosa así como el primer ministro, la mano derecha del Pastor. Detestaba yo cualquier cargo burocrático. Pero al parecer, tenía talento con el don de la palabra. Odiaba con toda mi alma salir a predicar a la calle. Nadie nos escuchaba. Y a veces, el calor era insoportable, y dale que dale con que Cristo viene a la tierra. Una vez, un borracho casi me pega, me sentía inspirado ese día y estaba dando uno de esos sermones que son para grabarlos por ser de culto, al borracho no le hizo gracia, tuve miedo. No salí nunca más a la calle, eso me pasaba por andar retando a las personas. Tanto quejarse de la vida, me dije, y deberíamos disfrutar un momento de ella. Con mis amigos la situación era totalmente distinta, la gran mayoría no creía en Dios o simplemente no le importaban estas cuestiones teológicas. Ya verán, ya verán cómo algún día ellos llegarán a la Iglesia – decía mi madre. Poco a poco me fui alejando de esa vida que no había elegido, yo no quería ser una copia de mis padres.

Mi padre dejó de trabajar alrededor de los cuarenta años. Nunca supe el porqué. Algunas veces pienso que fue por mi nacimiento. Fue entonces cuando mi madre se transformó en la matriarca de la familia. Yo la veía cómo se sacrificaba (a veces era demasiado) para mí, todo se reducía a una palabra: Pedir. No tenía vergüenza ni reparos, pedía esto y aquello, no había caso, y lo peor era que mi madre me daba en

todos los gustos, quizás por eso temía dejar la Iglesia, no quería defraudarla después de tanto que me había dado.

El cura Tapia, párroco de Yumbel, era un viejo sinvergüenza de primera. No digo esto como un evangélico, ya dije que no me meto en cuestiones religiosas. Pero este caballero, era el demonio personificado en cura (a veces pienso que en realidad, nosotros éramos los demonios y él una simple paloma), cuántas veces, que ya he perdido la cuenta, cuántas veces intentó trasladar a San Sebastián a sus parcelas. A él no le importaba nada, ni las tradiciones, ni las costumbres. No voy a desconocer que Yumbel se aprovecha de estas festividades para sacar fruto al turismo y sobre todo al comercio. Seamos sinceros. El dinero moviliza a masas, no importa de qué procedencia venga, ni cuál sea el motivo de esos beneficios. Entonces, el santo no se podía ir.

Gracias a la unión del pueblo se evitó que el santo se moviera de la ciudad. Yo estuve presente cuando trajeron otro santo. Uno hecho de madera por un carpintero. Yo estuve presente y participé de las manifestaciones que culminaron con una quebrazón de vidrios en el Instituto San Sebastián. Ese fue el recuerdo más memorable de nuestra eterna rivalidad. Nosotros, los estudiantes de la escuela E1115, odiábamos a los “lagartijas”, los estudiantes del Instituto.

Todo se reducía a una cuestión de gustos. Nosotros seguíamos teniendo esas clases de inglés. Ellos con su francés, nosotros aburridos estudiando matemática en la mañana, ellos aburridos escuchando misa en la mañana. (¿Por qué el profesor de Castellano descubre que su similar de matemática es un inculto?) Siempre había algún motivo para pelear. Digo pelear y yo nunca participé de dichas

batallas. La voz de pito, tan insoportable del cura Tapia, la escuchaba los domingos por la radio cuando mis padres sintonizaban la misa. Qué ridículo. Se supone que somos evangélicos y escuchamos misas. Father, are you a stupid? Yo lo único que quería era quedarme acostado en mi pieza toda la mañana. Pero eso era imposible. Debía ir a la escuela. Sí, aunque suene increíble, yo era uno de los pocos estudiantes que debía ir a la escuela un día domingo, a la escuela dominical, en la Iglesia. Y más encima me dejaban a cargo de los más pequeñitos. Niños de tres, cuatro hasta cinco años, más inquietos que pulga en el trasero, más ruidosos que comerciante para el 20 de enero.

Teníamos que aprendernos un versículo de la Biblia. No iban a pretender que yo les enseñara algo a estos niños. Yo también era uno de ellos. Era curioso ver cómo los adultos conversaban acaloradamente sobre este versículo. Ni siquiera yo me aprendía este textito. No digo que mi memoria fuera mala, podía memorizar muchas cosas, me encantaba recitar, odiaba recitarle a la bandera, o a la patria.

Un día el cura Tapia se fue de la parroquia. Se fue con los bolsillos bien repletos. No seamos mal pensados. Fue una lástima que se halla caído y quedara postrado. La situación religiosa me daba un dolor de cabeza impresionante. Yo me acuerdo que me compraban helados los adultos para que estuviéramos callados en la Iglesia y nos aprendiéramos ese versículo. Yo era un niño y no trabajaba, así que amenacé a los mocosos con el Infierno.

5.

TRATO HECHO.

Chile clasificó al mundial de Francia. Todo el país estaba enloquecido. Para nosotros, esto era una novedad extraordinaria. Pensamos en Francia, yo imaginé ser Napoleón, el conde de Montecristo. Mis amigos odiaban a los franceses, mejor dicho, a los que aprendían francés. Estábamos aburridos de hablar inglés, y hablar muy mal. La mayoría escuchaba grupos de rock anglo. Por aquella época estaba de moda Blink 182, Radiohead, Oasis y los insuperables de Nirvana. Aunque ya no existían como tal, para nosotros seguían siendo lo máximo. Hasta que llegó el maldito axé y nos cambió la vida. A mí no. Pero mis amigos rockeros se vendieron por unos movimientos pélvicos brasileños.

Nunca imaginé que la hermana de mi compañero era tan hermosa. Fue un descubrimiento apasionante. Me acuerdo que fui a su casa a buscar mis cuadernos de matemática y ciencias sociales, siempre fui el mejor alumno. Mi compañero no estaba en su casa. Fue su hermana quien abrió la puerta. Yo quedé petrificado. No le pueden hacer esto a un niño de 12 años (hace tiempo que había entrado en contacto con mi cuerpo y mi sexualidad), pero no había conocido a un ángel. Sonrisa perfecta, piel blanca como la leche, dos prominentes montañas y una figura esbelta (demasiado perfecta), ¿Cuántos años habrá tenido?, Nunca lo supe. Sin importarle mi presencia ella continuó estudiando en el escritorio mientras yo buscaba mis

cuadernos en la recámara de mi compañero. Yo estaba inquieto, nervioso, quería huir de esa casa. Esa tarde fue horrible. Mis amigos del barrio me estaban esperando para jugar una pichanga de fútbol. Yo no quería jugar. Oye ¿Qué te pasa que andas tan raro?. Supongo que dije que me dolía algo, no sé, la cabeza, el estómago o las muelas. No jugué esa tarde. Me encerré en el baño y me masturbé varias veces pensando en ese angelito.

Fuiste a mi casa, dijo mi compañero. Tragué saliva. No sabía que responder. No sabía qué hacer: cómo negar todo si todavía pienso en su hermana. Lo mejor es el silencio, hacer como que no escuché ese comentario. Te estoy hablando, respóndeme cuando te hable. ¿Encontraste tus cuadernos? Lo último que podía hacer era transpirar. ¿Mi hermana te pasó mis cuadernos? Quedé noqueado. Por más que le rogué a diosito que se olvidara del tema él continuaba acechándome.

Imaginé que la vida es cruel. Pensé en Napoleón, tan pequeño, tan frágil, tan campesino. ¿Por qué no me respondes? Y sin embargo llegó a ser el mejor de todos. ¿Qué mierda te pasa?. Con astucia, inteligencia y esfuerzo, sí, esfuerzo, esfuerzo.

La clase de historia terminó. Yo salí disparado rumbo al baño. Me mojé la cara, mi mente daba muchas vueltas. Mi compañero entró al baño: ¿Qué mierda te pasa? Qué le contesto. Sólo tengo sueño, ayer no dormí bien. Creo que me hizo mal la comida de la noche. ¿Ah sí? Creo que dudaba de mi mentira. Dios, Dios. ¿A qué hora fuiste a mi casa? Estoy cansado. ¿Por qué fuiste a buscar tus cuadernos? Mi mamá preparó unos huevos revueltos con tocino. Había tortilla que trajo una señora amiga de mi madre. También había sopaipillas. ¿Te

gusta mi hermana? Al principio no me dolía el estómago -¿Te gusta?- pero a medianoche el dolor era insoportable.

Bueno, como quieras, continúa delirando, ya me voy. (¿Cómo decirle que sí me gustaba su hermana?) si quieres anda a la casa hoy día, mi vieja es enfermera. Te puede dar algo para tu dolor de estómago. Además estará mi hermana mayor, la que viste ayer. Está de vacaciones acá en Yumbel, la próxima semana regresa a su internado en Los Ángeles. Te parece bien si nos juntamos a las tres de la tarde. No supe nada más de ese día escolar. Estaba hipnotizado. La hermana de mi compañero estaba en un internado. ¿Un convento?. No me la imagino en un convento. Reconozco que es una especie de ángel, pero, yo la quiero para mí, no para Dios. No pude almorzar en el colegio. Debía disimular. Una persona que le duele el estómago no puede andar ahí por la vida comiendo como un glotón. Eso me pasa a mí por andar inventando cosas. Y qué rico estaba el almuerzo ese día. No pude hacer nada más que mirar. Todo se confabulaba en mi contra. Todo salvo esa esperanza. Esa cita con mi compañero en su casa a las tres de la tarde. Cuando el reloj marcaba cinco para las tres yo ya estaba afuera de su casa. Muy nervioso, esperando que el tiempo transcurriera rápidamente.

Mi compañero estaba sentado en el patio de su casa y me estaba observando. Dio un grito. Dijo que pasara para el patio, que la puerta estaba abierta. Comencé a caminar inseguramente. Predispuesto a encontrarme con ella. ¿Qué le digo si la veo? No la vi ese día. La casa estaba solitaria. ¿Qué significa esto? ¿Me equivoqué de casa o de compañero? ¿Recorrer la casa en busca del angelito? Pero me senté al lado de mi compañero quien estaba comiendo una naranja. La

cuestión es muy sencilla. Yo te hablo de mi hermana y permito que converses con ella y tú me ayudas en castellano e inglés. ¿Trato hecho?. Yes.

6.

ESE DÍA NO TOMÉ TÉ A LAS 4 DE LA TARDE.

Cómo sé que hoy es jueves. Papá me dijo que los jueves aparece un suplemento cultural en el diario La Tercera. Creo que ya se han dado cuenta de mi afición por la literatura. Las diez y media y nada. Estoy parado afuera del quiosco de lotería: pienso a mis cortos años que esta vida es una especie de lotería. Qué sueños más raros he tenido. Soñaba que estaba en lo alto de una montaña. ¿Alguien me empujaba y caía cuesta abajo?

Sí. Me empujé yo. Descendí por un largo abismo. ¿Lloraba? ¿Escuchaba los gritos de mis amigos? ¿Por qué me sentía feliz con el descenso? ¿Hoy es jueves o no? Imposible: sólo era un sueño. Mi mamá fue a despertarme de mi pesadilla. Ella me quiere demasiado. Me siento sobreprotegido y a veces, tiendo al ahogamiento. Tómate esta agüita y te sentirás mejor. Quién era yo para decirle que no a mi mamita. Su agüita era una infusión de menta con alguna otra hierba medicinal. No, era simplemente té, a lo inglés: tomaba té a las cuatro de la tarde. ¿Qué pensarían mis amigos si se enteraran de esta

extraña rutina? No había caso conmigo. Debía tomar mi té a las cuatro de la tarde, ni un minuto más tarde. ¿Por qué hacía esto? Y la verdad: ¿Por qué abandoné esta extraña rutina británica?.

Finalmente llegaron los periódicos desde Los Ángeles a mi querido Yumbel. Debo confesar que aguanté la respiración mientras esperaba impacientemente que ordenaran el montón de diarios para ir a comprar el mío. No fui a clases en la mañana. Mis padres no lo saben. Creo que me pegarían si se enteraran de mi huída de la escuela. No podía permanecer hasta las dos de la tarde en el colegio. Mi mente me lo prohibía, de seguro me habría colocado extremadamente nervioso. Necesitaba tener cuanto antes el diario en mis manos. Pero el diario era lo que menos me importaba. Sólo tenía ojos para el libro que venía de regalo junto a La Tercera. Y allí estaba, por fin, en mis manos ansiosas.

Dudé sobre mi futuro destino inmediato: ¿Dónde puedo ir a leer tranquilamente mi libro? Es idiota y ridículo pensar esto, sabiendo que tengo una casa y una pieza privada. Pero llegar a esta hora a mi casa, sin justificación alguna, no estaba en los planes: me alejé rumbo al cerro La Virgen. No me atreví a manosear el libro. Estaba seguro de su contenido: la historia de mi infancia. Soy yo el protagonista. Pensé: mi libro me necesita, está tan ansioso como yo, quiere ser leído -un poco, hasta que lo acabe- lo leeré hasta que se apague la luz del sol y lo termine.

Me gustaría describir cómo me sentí aquel día. Pero los hermosos recuerdos se tornan grises con el crepúsculo. Feliz de la vida, sonriente, alrededor de las tres de la tarde regresaba a mi casa. Ya había leído todo el libro. De un solo sopetón me lo acabé, como si

fuera una golosina, un adicto, leí sin preocuparme de mi existencia. Ni siquiera me acordé de que tenía hambre. Ni que ese día mi mamá debía ir al Hospital: Sueños, Fantasías, emociones, ideas; todo aquello apareció fugazmente.

Feliz de la vida regresé a mi casa. Algún compañero desubicado preguntó a mis padres por mí, preguntó si es que estaba enfermo o los motivos de por qué falté a clases. Cosa rara es ver a un padre sorprendido, sobre todo cuando es testigo de cómo su hijo sale en la mañana rumbo a clases y no regresa. Se debieron pasar miles de historias: al igual que yo, secuestrado, asesinado, violado. Cualquier palabra que termine en -ado, mi mamita no fue al Hospital, fue desesperada al colegio a buscarme. Se dio la alarma general. Se supone que un buen alumno nunca falta a la escuela a menos que le haya ocurrido algo. De nada sirvieron mis inútiles explicaciones o la muestra del libro que había sido el responsable de todo. Terminé en mi pieza castigado hasta fin de año. Con gran vergüenza y frustraciones, mi familia había arruinado un hermoso día de mi vida. ESE DÍA NO TOMÉ EL TÉ A LAS 4 DE LA TARDE.

7.

KRISTEL Y YO NOS QUEDAMOS EN EL PATIO.

Ese día estaba lloviendo –fue un 07 de mayo, en una mañana gris. Estábamos en clase de música con la profesora Graciela, estábamos

cantando una canción de nuestro folklore. De improviso, la señorita Mónica, la inspectora de pasillo, entró apresuradamente en la sala de clases. Tras ella, apareció el inspector general y nuestra profesora jefe, la profe de historia y geografía. Los tres se molestaban para hablar con la profe Graciela. Algo malo había ocurrido. Los adultos estaban demasiado inquietos. Le pregunté a mi amigo Feña si tenía idea de lo que estaba ocurriendo. Movi6 su cabeza en forma negativa. Miré para atr6s para ver si alguien ten6a alguna idea de esta situaci6n tan inc6moda. Mis compa6eros estaban tan asombrados como yo. Escrib6 en un pedazo de papel una nota que dec6a “¿Alguien sabe qu6 pasa?” y la hice circular con la esperanza de que retornara a m6 con alguna respuesta. La señorita Mónica estaba muy nerviosa. Se mov6a de un lado para otro. Pancho, ¿Qu6 mierda pasa? ¿Puedes escuchar algo de lo que dicen? No, no Cifuentes. Hablan muy despacio. Fueron largos minutos de espera. Mis compa6eros se pusieron inquietos. Los m6s desordenados comenzaron a jugar tir6ndose papeles por los aires. Mis compa6eras comenzaron a hablar cada vez m6s fuerte entre ellas. Es que... ¿Es que a nadie le importa lo que est6 pasando?. Me sent6 mal. No debo ser tan curioso. Cifuentes, ¿Vas a ir a mi casa hoy d6a?. Y ah6 estaba, el compa6ero que me ten6a amarrado. Claro, ma6ana hab6a prueba coeficiente dos de castellano ¿No es cierto? S6 por eso me buscaba, quer6a que lo ayudara. Me levant6 de mi asiento, sin darme cuenta de por qu6 lo hac6a. Los adultos me vieron salir por la puerta de la sala. No dijeron nada. Estaban preocupados de resolver esta situaci6n tan complicada para sus existencias.

Bajé las escaleras: ¿Por qué nadie me detuvo? ¿Ha ocurrido algo malo en este colegio? ¿Ha ocurrido algo malo en mi casa? ¿Ha ocurrido algo malo con mi angelito? No, su hermano me habría contado. Había una niña de sexto básico sentada en el último peldaño de la escalera. Estaba muy triste, creo que estaba llorando. ¿Te sucede algo? Generalmente no suelo preocuparme por lo que le pasa al resto, pero esta niña me tenía inquieto, además pensaba que debía tener alguna relación con la conversación que tenían los adultos en la sala de clases –disculpa, no quiero molestar, pero ¿Estás bien?- me senté al lado de ella.

Pensé que me iba a retar, a gritarme: ¡Vete de aquí mierda!. ¡Déjame en paz! O peor aún: ¿Te conozco?. Yo no conocía a esta niña. Qué raro. Le digo niña y es un año menor que yo. Escuchaba cómo trataba de no llorar delante de mí. No sé por qué seguía sentado junto a ella (debió ser alguna corazonada), le toqué la espalda suavemente con mi mano derecha y le dije: Lo siento, no quería interrumpir tu privacidad. Lo que pasa es que hoy todos se están comportando de una manera extraña. Los profesores corren de un lado para otro, han interrumpido la clase de música, cosa que agradezco, pero me inquieta no saber qué está pasando aquí. Entonces salí de la sala y nadie me dijo nada, bajé las escaleras y te encontré llorando. ¿No te das cuenta de que todo es muy raro? Todo es muy inquietante. Tengo una corazonada. Creo que algo malo ha ocurrido en este colegio. En serio, lo siento. Ni siquiera sé tu nombre, sé que eres de sexto año porque siempre te veo en el mismo pasillo en donde yo estoy. Sólo quería saber si tenías alguna idea de lo que pasaba: no soy curioso. Pero entiéndeme, es demasiado confuso todo. Muy bien –me levanté - creo que lo mejor es

dejarte sola para que puedas desahogarte, yo iré a buscar respuestas por otro lado.

Me puse en marcha. Un sutil llamado me detuvo: espera, no te vayas. Me di vuelta a ver quien me había hablado. Era la niña que estaba sentada en la escalera. Se había levantado. Sus ojos estaban rojos de tanto llorar, se le habían hinchado un poco los pómulos. Me miraba con ternura. Seguramente mi mirada era de incredulidad. Se acercó a mí y me tomó de la mano y me guió al patio. Yo me dejé llevar sin oponer resistencia. Nos sentamos en la parte más alejada del patio.

Soltó su mano de la mía. Yo la miré a los ojos. Ella me miró unos segundos y se abalanzó sobre mí. No me abrazaba, me estrujaba ¿Estaba llorando nuevamente?. Intenté en un principio deshacerme de ella. Pero me tenía bien agarrado, había concentrado todas sus fuerzas en esa especie de abrazo de oso. Estuvimos así unos largos minutos, ella no decía nada. Yo tampoco dije nada. Pensaba que mi corazonada era cierta. Todavía no era la hora de recreo. El patio estaba disponible para nosotros dos. Allí estaba la muralla que había truncado mi sueño cuando salté más allá del infinito. Allí estábamos los dos, sentados, callados, dejando que la vida actuara. Ella dejó de llorar y me soltó. Le presté un pañuelo de género que utilizaba para bailar cueca, ella limpió sus pequeños ojos y me sonrió en señal de agradecimiento. Mira – me dijo – ¿No sabes nada de lo que pasa?. ¿Estás seguro? Sí, contesté. Sólo tengo una corazonada. Una corazonada mala, como si algo horrible ha ocurrido en el colegio. Espero estar equivocado, pero la actitud de los profesores y la tuya me han perturbado más todavía. Entonces ella dijo: Secuestraron ayer a mi mejor amiga. Nunca pensé que una cosa así pudiera ocurrir en

un pueblo tan tranquilo. Hoy en la mañana sus padres vinieron al colegio desesperados, junto con algunos carabineros, gente del hospital y el director de la escuela. Entraron en la sala de clases. Estábamos en clase de religión. Yo conocía a los padres de mi amiga. Varias veces me había quedado en su casa. El director entonces habló. Dijo que Sandra estaba desaparecida desde hace dos días. Todos me preguntaron a mí si sabía su paradero. Yo dije que no y me puse a llorar. No te preocupes –le dije – la encontrarán. ¿Cómo te llamas?. ¡Kristel! – dijo – permanecemos callados.

8.

LAS CLASES SE SUSPENDIERON.

Esa mañana fue un caos. ¿Cuántas veces habían suspendido las clases en el colegio? Nos enviaron a nuestras casas. Antes de irnos, llegó el Inspector General para sermonearnos. Nos dijo que vendrían agentes de la policía, que iba a venir la prensa a cubrir esta noticia, que lo más probable es que nos preguntaran cosas. Ustedes deben responder lo justo y necesario, este es un buen colegio, ay, de aquel que diga lo contrario.

¿Vas a mi casa?, otra vez, mi compañero desesperado para que lo ayudara. En otras circunstancias me habría alegrado mucho el salir temprano de la escuela y mejor aún el ir a la casa de mi compañero a

ver a su hermana. Pero ahora no. No dejaba de pensar en esa niña llamada Kristel ni en su amiga que estaba desaparecida.

Le dije que me iría en un rato más. Me miró con cara de pocos amigos: Te espero a las tres en mi casa. Se marchó pateando una lata de bebida que había en el patio. Yo me quedé dando vueltas en el colegio. Tratando de buscar más información.

Vamos a jugar a la pelota Cifuentes, aprovechemos que tenemos el día libre. No sé qué cosas habré inventado para decir que no pero también se fueron mis compañeros con cara de pocos amigos. Entonces recordé que tengo un conocido en sexto básico. Fui a la sala de clases. No había absolutamente nadie. El Inspector me encontró deambulando en el colegio y me retó y me obligó a que me fuera. Yo le explicaba que andaba buscando a un compañero solamente, que no tenía intención de que me interrogara ni la prensa ni los pacos.

Mas te vale muchacho –dijo – aquí nosotros te tenemos bien calificado Cifuentes. No nos decepciones, ni se te ocurra andar jugando a los detectives, utiliza tu inteligencia en algo productivo. La profesora Yolanda me ha dicho que tienes cualidades para la escritura, pues bien, aprovecha el día y escribe algo o lee. Mira que no quiero que tu madre venga de nuevo al colegio a amenazarnos cuando el hombrecito se había escapado de clases para ir a comprar un libro. Has cualquier cosa, pero vete del colegio. Que no se te ocurra abrir la boca para decir estupideces. Seguramente aquí hay un malentendido. Sandrita debe estar en alguna parte. Quizás se escapó de clases como tú para comprar un libro. Va a aparecer, te lo aseguro muchacho.

¿Cuándo?-no me di cuenta de que le estaba preguntando algo - ¿Cuando va a aparecer Sandrita?. Eso es algo que a ti no te importa Cifuentes – gritó – ese es el tipo de comentarios que hay que evitar muchacho. Ahora vete a tu casa antes de que te suspenda por desobedecer una orden administrativa. Me tomó del brazo fuertemente. Caminábamos muy rápido, sentí el miedo en su cuerpo. Hasta los auxiliares estaban asustados. El Inspector me fue a dejar en la puerta del colegio. Me dio un empujón y salí disparado a la calle. Alcancé a escuchar cómo el Inspector le decía a los auxiliares que estaba prohibido dejar entrar a los alumnos en el colegio.

Me fui a mi casa. Mi familia me estaba esperando, la noticia ya se había hecho pública. La radio no paraba de mencionar esta información. Mi madre me preguntaba si yo conocía a la niña, dije que no.

El almuerzo fue extremadamente silencioso: ¿Estaban asustados? ¿Por qué los adultos tienen tanto miedo? ¿Estará bien Sandra? O peor aún: ¿Dónde está Kristel? ¿La estarán interrogando? Lo más probable es que sí la estuvieran interrogando. Mi padre pidió la bendición por los alimentos y a la vez rogó a Dios por Sandrita, fue muy extraño. Yo no tenía ganas de almorzar, no tenía hambre, menos ahora que mi padre la había mencionado en su bendición de los alimentos. No podría tragar absolutamente nada. Mi madre me recriminaba por no comer, yo inventaba que recién había almorzado en el colegio.

A las dos de la tarde llegó mi hermana del liceo. Venía muy acelerada. Me interrogó como si fuera una periodista. La noticia de la desaparición de Sandrita circulaba por todos lados. Nunca habíamos

escuchado tanto la radio de nuestra comuna. A las dos y media cuando me estaba preparando para salir a la casa de mi compañero, llaman a la casa. Era él, me dijo que su mamá no quería que viniera a su casa porque su hermana estaba muy asustada. Yo le dije que no me importaba. Él intentaba que yo le hiciera la prueba mañana. Por suerte en la noche dijeron que las clases estaban suspendidas hasta nuevo aviso.

9.

DOS PEQUEÑOS DETECTIVES SALVAJES.

La escuela era el epicentro de un gran acontecimiento. La noticia tomó ribetes insospechados. Apareció en todos los medios de comunicación. La escuela estaba plagada de cámaras, periodistas, de agentes encubiertos. (¿Habría algún espía secreto como James Bond?), Las clases continuaron suspendidas por varios días. Yo cada mañana trataba de acercarme al colegio. Pero era imposible.

Entonces, busqué otros caminos. Comencé a caminar por otras calles, me quedaba horas recorriendo de aquí para allá, pero no encontraba nada. Una noche sucedió algo curioso. Apareció Kristel llorando en un canal de televisión, hablaba de su amiga Sandra, de que la echaba de menos, de los últimos momentos que compartió con ella, de cómo era Sandrita en definitiva. "La van a echar del colegio" – pensé. Imaginé al

Inspector enfurecido en su casa viendo como una de las niñas del colegio hacía una declaración pública en la televisión; fue entonces cuando decidí buscar no a Sandra, sino a Kristel; necesitaba hablar con ella. Esta vez no era una corazonada, sino un impulso pasional.

La encontré al otro día cuando conseguí la dirección de su casa con mi contacto que tengo en sexto básico. Estuve parado por largos minutos afuera de su casa, indeciso, sin saber si tocar el timbre era lo más prudente. En el fondo no sabía por qué estaba haciendo esto. Fue ella quien salió de su casa rumbo al negocio de la esquina. Entonces me acerqué al negocio, para ver si ella se acordaba de mí y podía preguntarle algo, no sé qué cosa, lo importante era hablar con ella. Discúlpame – le dije - ¿Tienes hora?. Kristel me quedó mirando sin sorprenderse para nada. La señora del negocio sí se había sorprendido. Nunca me había visto por ese barrio. Con toda serenidad, Kristel me dice la hora. Yo le doy las gracias y compro un paquete de papas fritas Evercrips y una bebida en lata Coca-Cola. La señora del negocio se tranquilizó. Mientras yo estaba comprando, Kristel se fue del negocio. Pensé que la había asustado o peor aún que no me había reconocido. Pagué y salí del negocio rumbo a la casa de Kristel, pero poco a poco me fui dando cuenta que esto era una estupidez.

Regresé por donde había caminado y me iba hacia mi casa que queda al otro extremo de la ciudad. El cielo estaba gris, en cualquier momento iba a llover y yo sin paraguas. ¿Por qué te vas tan pronto? ¿Por qué no tocaste el timbre de mi casa? ¿Quieres hablar conmigo? Me di vuelta y estaba ella. Se acercó a donde yo estaba y me dijo que la esperara un ratito.

La espera se prolongó por media hora. La vi salir de su casa, apresurada. Cuando llegó a mi lado no detuvo su caminar así que tuve que seguirla. Le iba a hablar pero ella me dijo que me callara. Entonces la seguí, como un niño tímido, nos fuimos alejando de la ciudad hasta llegar a las barracas.

Vamos hacia allá. Después de eso no volvió a hablar. Se detuvo en una barraca y se sentó. Yo me senté a su lado. Ayer te vi en televisión – dije aceleradamente – por eso te busqué hoy. Ella me quedó mirando con sus hermosos ojos verdes. Se acercó a mi oído y dijo. Me están vigilando. Hay un hombre que me sigue para arriba y para abajo. Yo le dije a mis padres que iba a la casa de un compañero a estudiar. Tenemos poco tiempo. No quiero que te involucres en esto. Créeme, no te gustarán los interrogatorios.

No me importa – dije – que me interroguen si quieren. Dime Kristel, tú sabes algo. Dicen que encontraron sus zapatos cerca del río a la altura de La Aguada. Yo también quiero saber la verdad, quiero encontrar a mi amiga. La encontraremos: Pero, ¿Cómo si somos unos niños?. Investigando, Kristel, investigando. Gracias por ayudarme. A propósito, ¿Cómo te llamas?. Cifuentes, dime Cifuentes.

10.

ESA NOCHE PERDIMOS ALGO MÁS QUE LA VIRGINIDAD.

Las clases se reanudaron la semana siguiente. Sandra no apareció. Los periodistas y las fuerzas especiales de inteligencia ya habían preguntado todo lo posible en torno a ella. Ya no había nada qué decir ni que inventar. Salvo para nosotros dos. Kristel y yo salíamos todas las tardes después del colegio. La estrategia era simple. No debíamos hablarnos por ningún motivo en la escuela. Nadie debía sospechar que nosotros estábamos investigando por nuestra cuenta. Al principio fue difícil convencer a mis compañeros de que tenía las tardes ocupadas. Inventé que estaba en un curso de violín por las tardes y que no tenía tiempo ni para jugar a la pelota ni para ir a enseñarle inglés o castellano a ese estúpido compañero que tenía una hermana preciosa. Nos encontrábamos a las tres de la tarde. Cada día en un lugar diferente que dejábamos establecido cuando regresábamos en la noche de nuestra búsqueda investigativa.

La que no creyó el cuento fue mi madre. Inventé que estaba estudiando con un profesor para un concurso de conocimiento. No era difícil mentir, cuando hay un motivo de sobra para hacerlo. Mi motivo era Kristel, aunque debía ser encontrar a Sandra. Cómo es posible, a veces me preguntaba, cómo es posible que mienta para estar con Kristel y no para encontrar a Sandra (¿Soy un monstruo?), ¿Es que quiero sacar provecho de esta situación lamentable?. No lograba

diferenciar entre lo bueno y lo no tan bueno, entre lo correcto y lo conveniente.

La investigación era infructuosa. Recorríamos la ciudad, los primeros días de lado a lado. Después fuimos seleccionando los lugares. Pero el resultado siempre era el mismo. Una tarde fuimos a La Aguada. Recorrimos la orilla del río para ver si encontrábamos pistas sobre el paradero de Sandra. Kristel me mostró una foto en la que sale junto a Sandra comiendo helados en la plaza de Yumbel. ¡Qué hermosa es Kristel! – pensé.

Todo cambió una noche. Una típica noche de invierno. Un frío desorbitante, una tupida neblina. Yo estaba concentrado resolviendo unos ejercicios gramaticales. Cuando mi hermana me llama porque había una niña que me estaba hablando por teléfono. Pensé que era una compañera. Esto era bastante raro. No recordaba que una compañera me llamara, ni siquiera me llamaban mis amigos, no había dinero para malgastarlo en llamadas telefónicas. No había dinero para tantas cosas; imaginaba que vendrían días mejores. No sé, había escuchado que estábamos en una especie de crisis energética. Mi madre nos obligaba a desenchufar todos los electrodomésticos. Sin deseos, contesté el teléfono. Al principio nadie respondió y pensé que era una broma de mi hermana. Pregunté nuevamente si había alguien ahí, al otro lado de la línea telefónica. Esta vez sí me contestaron. Reconocí inmediatamente esa voz. Era Kristel, necesitaba hablar urgentemente conmigo. Nos citamos para el otro día aprovechando que era sábado. Esa noche soñé constantemente con ella, imaginé demasiadas cosas, pero nunca resolví cuál era el motivo de la alarma en su voz.

Llegué media hora antes de lo señalado. Kristel ya me estaba esperando. Ambos sonreímos. Le pregunté qué era lo que pasaba. Ella me contestó que algo grave y no dijo nada más. Caminamos rumbo al río Claro. El día estaba horrible. Se avecinaba lluvia en cualquier momento. Nadie nos podía espiar a la orilla del río. ¿Qué pasa Kristel? – pregunté con un tono de alarma – algo grave Cifuentes. Tomó mi mano derecha y la llevó a su cintura. Acercó su rostro al mío y ambos, en un instante, terminamos besándonos, suavemente, como cómplices, como si esto fuera incorrecto, como si Sandra estuviera celosa de que estuviéramos ahí los dos, preocupados de nuestros pensamientos y nuestros deseos y nos hayamos olvidado de ella, de su historia, de su desaparición. Esa mañana perdimos algo más que la virginidad.

11.

NUESTRAS VIDAS EGOÍSTAS.

Desde ese día Kristel y yo mantuvimos una relación amorosa. No nos importaba nada. Ni siquiera los retos de mi madre que intentaba persuadirme para que terminara mi relación con Kristel por ser de una familia católica, ni las burlas de mis compañeros de curso que se mofaban porque yo estaba embrujado por los ojos verdes, el pelo negro y largo y esa sonrisa cautivadora. Y así, el tiempo fue pasando.

Kristel y yo nos fuimos olvidando de Sandra y de nuestra búsqueda. Todo Yumbel ya la había olvidado salvo su familia.

Fue como una bomba atómica la noticia. Yo estaba en clases de Ciencias Naturales con la Profe Olga cuando de improviso ingresa Kristel a la sala de clases. Yo me quedé petrificado mirándola, mis compañeros comenzaron a burlarse de mí y la profesora intentaba sacar del aula a Kristel. ¿No has escuchado las noticias? – me dijo – yo negué con la cabeza. Encontraron a Sandra, unos campesinos la encontraron en La Aguada, está muerta.

Salí rápidamente de la sala de clases junto a Kristel. Bajamos apresuradamente las escaleras. De nerviosos casi tropezamos y nos caemos. Nos tomamos de las manos, nos miramos, nos prometimos ser fuertes. El Inspector General estaba en la salida del colegio. No dejaba salir a ningún estudiante, no quería que se encontraran con los periodistas que nuevamente estaban regresando a mi ciudad.

Dimos media vuelta y nos alejamos por el patio trasero. Con mis débiles fuerzas logré sostener a Kristel quien se impulsó para pasar la muralla del colegio. Segundos después yo saltaba rumbo a la calle. ¿Hacia dónde vamos? – pregunté. Kristel me miró fijamente y no dijo nada. Supe entonces a donde íbamos y me dio rabia no darme cuenta de eso antes de hacer esa estúpida pregunta.

El bus rumbo a La Aguada no salía hasta las doce y media. Eran alrededor de las nueve de la mañana. Decidimos tomar un bus que iba a Los Ángeles y bajarnos en el cruce de La Aguada y de ahí caminar hasta llegar al pueblo. Durante el trayecto Kristel no dijo nada. Miraba por la ventana el paisaje campestre de Yumbel. Yo sujetaba su mano

que cada vez estaba más helada. Ya no hacía frío, había pasado el invierno, la primavera nos acechaba ese día cruelmente.

Nos bajamos del bus y comenzamos a caminar los kilómetros que nos separaban de nuestro objetivo. El camino se pobló de automóviles, periodistas, yumbelinos, gente curiosa, afuerinos, todos iban a La Aguada con el mismo propósito, ser parte de la noticia. Le sugerí a Kristel que hiciéramos dedo para llegar más pronto, para variar, no me dijo nada. Yo tomé las riendas del asunto. Nos detuvimos y esperamos a que algún automovilista nos llevara a La Aguada. Esperamos como quince minutos hasta que alguien se detuvo. Nos miró extrañado, era un hombre de unos cuarenta años, nos preguntó hacia dónde íbamos. Yo le dije que íbamos a La Aguada. Nos subimos al vehículo. Kristel no quiso irse en el asiento de adelante, así que los dos nos fuimos atrás. El hombre intentaba interrogarnos. Era extraño que dos escolares se escaparan de clases y estuvieran haciendo dedo en la mañana.

Queremos ver a Sandra – dije. El hombre me miró por el espejo y preguntó si conocimos a Sandra. Yo no dije nada concreto, nada que involucrara a Kristel. Argüí que teníamos curiosidad y que por eso queríamos ver a Sandra. El hombre nos retó, nos dijo que eso no lo hacen unos niños buenos, pero nosotros no éramos ya unos niños, ni tampoco éramos buenos.

El lugar estaba atestado de lugareños, curiosos, periodistas, policías y perros que ladraban y ladraban. No faltó el lugareño inteligente que empezó a vender mote con huesillo para poder refrescarse ante ese calor insoportable que había en esa mañana. Kristel reconoció a los padres de Sandra que estaban en primera fila en esa especie de

espectáculo que era reconocer el cuerpo de la muchacha. Kristel me pidió que nos acercáramos más para presenciar lo que ocurría. Sin embargo, no se podía pasar porque el lugar estaba atestado de carabineros que impedían circular libremente por la orilla del río. Nos alejamos de la multitud unos instantes. Kristel se puso a llorar. Yo también lloré. Nos abrazamos.

La ambulancia se llevó a la madre de Sandra que sufrió un ataque de nervios. Todo era confuso, las sirenas de los bomberos, los despachos en vivo de los periodistas, los perros que ladraban incesantemente. La muerte de Sandra. No, lo que nos mareaba fue descubrir que la habíamos matado hace tiempo, cuando nos olvidamos de ella, cuando decidimos vivir nuestras propias vidas. La aparición del cuerpo de Sandra fue solamente el recordatorio de que nuestras vidas, tan cortas y frágiles eran egoístas.

12.

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

El resto de los días fue un caos. Kristel desapareció de la faz de la tierra. Sus amigos dijeron que había sido internada en un hospital por un cuadro nervioso. Mientras tanto se trataba de esclarecer la verdad de las cosas. La familia de Sandra exigía justicia. Sandra había sido violada y mutilada hace cinco meses atrás.

Los primeros días yo tenía una serie de pesadillas. Repetía una y mil veces lo ocurrido esa mañana en la orilla de La Aguada cuando encontraron el cuerpo de Sandra, pero no era su cuerpo lo que divisaba. Era yo. Me veía muerto, cubierto por sábanas, transportado en una camilla por unos enfermeros, me veía inmóvil.

Despertaba con la sensación de que en cierta forma yo había muerto. Tantas cosas ridículas.

Mi madre estaba muy preocupada por mi salud. ¿Dije en este relato que era un pollito?, pues bien, ahora parecía un pollito desnutrido, un famélico, una especie de muerto viviente. Mis compañeros me llenaron de preguntas. Si yo conocía a Sandra, qué le pasó a Kristel, por qué yo seguía viviendo normalmente, si tuve alguna relación amorosa con Sandra, en fin, los niños somos muy preguntones.

El Inspector me miraba con furia. Salió en todos los medios de comunicación la imagen de dos niños de la escuela E1115 que se escaparon de clases para ir a ver el cuerpo de Sandra que encontraron en La Aguada. Por supuesto, Kristel y yo éramos esos niños. Como Kristel estaba internada o eso creí en su momento, los periodistas me acorralaron con preguntas.

Mi madre les preparaba unos refrescos, galletas, queques, para que se sirvieran los periodistas, ella estaba feliz de que su pequeño fuera parte de una noticia tan grandiosa, una tragedia, pero grandiosa al fin de cuentas.

Yo respondía automáticamente. Había preguntas que no podía responder. Yo nunca conocí a Sandra. ¿Cómo hablar sobre alguien no conocido?. A los periodistas no les importó nada. Uno de ellos me pidió que contara un momento feliz que haya pasado con Sandra.

Yo no tenía ningún momento feliz, pero quería cumplir con mi obligación y responsabilidad de tomar el control del interrogatorio en nombre de mi querida Kristel.

Cambié la historia que tuve con Kristel por la historia que supuestamente tuve con Sandra.

Las noches eran horribles. La figura de Kristel venía una y otra vez a reprochar mi mentira. Estaba molesta porque la había olvidado, porque preferí salvarme y salvar el nombre de Sandra y renunciar a este nombre tan divinamente hermoso.

Por suerte, la noticia dejó de ser tal de un momento para otro. Todo volvió a la normalidad. Pasaron los meses. Se acabó el período escolar, las vacaciones de verano y preparar un año más auspicioso.

Lo recuerdo como si fuera hoy día. Yo estaba sentado en una banca de la plaza cuando llegó a mi lado. Al principio no sabía qué decir ni qué hacer. Miraba con temor, con incredulidad, con sorpresa.

Kristel tomó mi mano derecha y estuvimos un rato, así, mudos, contemplando la soledad de un día veraniego en Yumbel.

De improviso se levantó y me besó en los labios. Intenté salir de mi estupor, pero Kristel ya se había alejado. No sé por qué motivo no me levanté y fui a su encuentro. Me quedé sentado, contemplando cómo se alejaba rápidamente por la calle Valdivia sin mirar para atrás por temor a quedar convertida en una estatua de sal.

Poco a poco la imagen desapareció y ese momento se convirtió en un recuerdo. Pequeñas gotas, no sé si eran lágrimas o sudor, corrieron a lo largo de mi mejilla izquierda. Entonces, me levanté y caminé en dirección contraria a donde lo hizo Kristel. Llegué al cerro de La Virgen y ahí sentado al lado de esa figura divina, lloré como un niño, como lo

EL ÚLTIMO QUE MUERA QUE APAGUE LA LUZ.

que era, un niño de 12 años, un niño que aprendió la primera lección importante de su vida: El último que muera que apague la luz. Buenas Noches.